

mostrado mas amor á un príncipe de la bondad y de las prendas del de Anjou, y que tanto habia sabido hacerse querer en el ducado de Calabria que gobernó.

Mas no tardó en seguirle ella misma el sepulcro. Falleció tambien la reina Juana II. de Nápoles (2 de febrero, 1435), habiendo nombrado heredero universal de sus reinos á Renato, duque de Anjou y de Provenza, hermano del difunto Luis, en razon á haber muerto éste sin hijos. Parecia que la fortuna se declaraba por el rey de Aragon, abriéndole el camino para que otra vez se apoderara de aquel reino; á las dos muertes tan inmediatas del duque de Anjou y de la reina de Nápoles se agregaba la circunstancia de hallarse á la sazón Renato prisionero del duque de Borgoña. Asi, tan luego como llegaron á él estas nuevas estando en Mesina, envió algunas compañías para que se reuniesen al príncipe de Tarento, á quien daba el título de gran condestable; procuró asentar nueva concordia con el rey de Castilla, é intentó confederarse con el pontífice Eugenio y con el duque de Milan. Pero el papa, lejos de darle la investidura que le pedia, reclamaba la corona de Nápoles como un feudo de la Santa Sede, y el duque de Milan no solo no se dejó vencer de las razones de don Alfonso para atraerle á su partido, sino que se aprestó á hacerle la mayor resistencia favoreciendo á los angevinos en union con los genoveses y con el conde Francisco Sforza.

Resuelto no obstante el aragonés á llevar adelante su empresa, apoyando sus derechos al trono de Nápoles en la adopción de la reina Juana, y ademas en los que Constanza, la hija de Manfredo, habia ya de antiguo transmitido á la casa de Aragon, determinó combatir por tierra y por mar la importante plaza de Gaeta, en union con el príncipe de Tarento, y con sus hermanos el rey don Juan de Navarra y el infante don Enrique, que á consecuencia de los sucesos de Castilla que dejamos en otra parte relatados, se hallaban entonces con él. Entre todos reunia sobre quince mil combatientes, gente lucida y bien armada.

Llegó á poner el rey de Aragon en tanto estrecho á los de Gaeta, que reducidos á la mayor estremidad hicieron salir de la plaza millares de mugeres, ancianos y niños, los cuales buscaban un amparo á su abandono y su miseria en el campo de los aragoneses. Aconsejaban al rey que se desembarazase de aquella gente inútil volviendo á enviarla á la ciudad, pero Alfonso con noble generosidad, *«prefiero, contestó, no tomar la plaza á faltar á las leyes de la humanidad con esta pobre gente;»* y mandó dar manténimientos á aquellos miserables espulsados, rasgo de clemencia y de bondad que si al pronto pareció perjudicarle, le acreditó de magnánimo y le abrió con el tiempo la senda del trono ganando y cautivando los corazones. En su conflicto los sitiados de Gaeta demandaron auxilio á los genoveses y al duque de Milan, y

cuando ya desesperaban de obtener socorro y estaban á punto de rendirse, apareció la armada genovesa compuesta de doce naves, dos galeras y una galeota. Componíase la de Aragón de catorce naves y once galeras: entró en una de ellas el rey, y á su ejemplo se fueron embarcando todos los condes, barones y caballeros que se hallaban en el campo, hasta el número de ocho mil personas, gente cortesana la mayor parte, que iba engalanada como si fuese á celebrar una victoria segura ó á gozar de una gran fiesta. Menos en número los genoveses, llevaban la ventaja de ser casi todos soldados y marineros, gente diestra en las maniobras y útil para el combate. Los genoveses desde la playa de Terracina, los de Aragón colocados junto á la isla de Ponza, acercáronse las enemigas naves y trabóse la mas brava pelea que en largos tiempos se hubiera visto en los mares. No se combatía solo con las armas ordinarias: lanzábanse de las gavias piedras de cal, ollas de alquitran y de aceite hirviendo. Mas valiente que entendido en las maniobras navales el rey de Aragón, condújole su arrojo á hacer oficios que no le competían: servían los cortesanos menos de utilidad y ayuda que de embarazo y estorbo, y á pesar de la antigua reputación de los marinos catalanes, viéronse en tal manera envueltos por los de Génova, que el triunfo de estos fué completo, y completa la derrota de la armada aragonesa: de las catorce galeras del rey, las trece fueron apresadas

por el enemigo. El rey Alfonso V. de Aragón, sus dos hermanos, el rey don Juan de Navarra y el infante don Enrique, el príncipe de Tarento, el duque de Sessa, la mas ilustre y escogida nobleza de Aragón, de Cataluña, de Valencia, de Sicilia, y aun muchos caballeros castellanos, todos fueron hechos prisioneros (5 de agosto, 1435). El rey de Navarra hubiera muerto en el combate á no haberle salvado el valeroso capitán castellano Rodrigo de Rebolledo, y el infante don Pedro su hermano fué el solo que á favor de la oscuridad pudo escapar en una galera y ganar la isla de Ischia.

Fácil fué ya á la guarnición de Gaeta, despues de destruida la armada de Aragón, arrojar del campo al resto del ejército aragonés que se habia mantenido en tierra. Quisieron los vencedores gozar del espectáculo de ver arder las naves apresadas y les pusieron á todas fuego, celebrando con una fiesta el ver cómo las devoraban las llamas haciendo hervir las olas del mar. Sin embargo el monarca aragonés fué tratado con tanta consideración y respeto como lo hubiera sido el duque de Milan si se hallára presente: él por su parte conservó tambien la misma serenidad de ánimo y la misma dignidad que si hubiera sido el vencedor; y como el gefe de la armada genovesa le indicase que le entregara la ciudad de Ischia, *aunque supiera, le respondió Alfonso con noble altivez, que me habiais de arrojar al mar, no mandaria yo entre-*

*gar una sola piedra de ningun lugar de mi señorío* (1).» Los ilustres prisioneros fueron llevados, el rey de Navarra á Génova, el de Aragon primeramente á Sabona, despues á Portvendres, y por último á Milan, donde tambien fué conducido mas adelante el de Navarra. Nada mas generoso y galante que el comportamiento del duque y la duquesa de Milan con los monarcas españoles: hicieronles solemne recibimiento, aposentáronlos en su propio palacio, tratáronlos no como prisioneros sino como príncipes; «*disponed*, le dijo el duque de Milan Filipo Maria Visconti al rey de Aragon, *disponed de mi estado como si fuese vuestro propio reino.*» Y habiendo llegado al palacio un rey de armas enviado por la reina de Aragon con cartas para su esposo, «*dirás á mi muger*, le contestó Alfonso, *que esté alegre, que yo vivo aqui como en mi propia casa.*»

La victoria del duque de Milan puso en cuidado y despertó los célos de sus mismos aliados el papa y la señoría de Venecia; y aquel mismo pontífice que poco antes sublevaba contra el rey de Aragon toda la península italiana, envió un legado al duque de Milan rogándole restituyese pronto la libertad á los

(1) De todos estos sucesos dan estensas noticias los escritores italianos en la Coleccion de Muratori, tom. XX. y XXI, entre ellos el biógrafo de Alfonso V. Barthol. Faccio, Fernan Perez de Guzman en la Crónica de don Juan II. de

Castilla; Pedro Carrillo de Albornoz, que insertó varios documentos; Zurita en el lib. XIV. de sus Anales; y muchos documentos relativos á estos acontecimientos hemos visto originales en el Archivo general de la Corona de Aragon.

monarcas españoles: y es que temia que el engrandecimiento del milanés desnivelára el equilibrio de los pequeños estados italianos que con tanto trabajo se iba sosteniendo, y recelaba ver en él al futuro dominador de Nápoles. Por otra parte el rey de Aragon, que con su afectuosa elocuencia seducia á todos los que le trataban, hizo comprender al de Milan, que proteger la causa de Renato de Anjou en lo de Nápoles, equivalia á ayudar á los franceses y á facilitar á los de esta nacion la conquista del Mediodía de Italia, esponiéndose á hacer de la Lombardía un camino real de París á Nápoles, y de Génova una posesion de la Francia, mientras en los aragoneses tendria los vecinos menos temibles y los aliados mas seguros; que los italianos y los españoles debian unirse para alejar de Italia los dos pueblos cuya dominacion debian temer mas, los arrogantes y orgullosos franceses y los rudos y sombríos alemanes. Las razones del aragonés acabaron de inclinar el ánimo ya favorablemente predispuerto del duque de Milan á una alianza ofensiva y defensiva, de lo cual dió la primera prueba poniendo en libertad al rey de Navarra, que vino á España á tranquilizar á los súbditos de su hermano don Alfonso sobre la suerte futura de su soberano.

Apesadumbrados y alarmados los de estos reinos con la nueva de la derrota y cautiverio de su monarca, no dudaron en asistir á las córtes generales que la reina doña María, como lugarteniente general del

reino había convocado para Monzon, á fin de proveer lo mas conveniente á la situacion crítica en que el rey y los estados de Italia y España se hallaban: pues aunque las córtes generales de los tres reinos solo podía convocarlas el rey, el caso era tan grave y tal el conflicto y la necesidad, que catalanes, valencianos y aragoneses no tuvieron reparo en faltar esta vez á la escrupulosa observancia de sus fueros á trueque de salvar la república. Mientras las córtes se congregaban, la reina de Aragon celebraba vistas en Soria con su hermano el rey de Castilla, á fin de ir prorogando la tregua entre los dos reinos (noviembre, 1435), y que las desavenencias con Castilla no empeorasen la situacion ya harto comprometida y peligrosa del rey y de los reinos de Aragon (1).

Era coincidencia estraña y singular que los dos príncipes que se disputaban el reino de Nápoles estuviesen ambos prisioneros, Renato de Anjou en poder del duque de Borgoña, Alfonso de Aragon en el del duque de Milan. El de Anjou envió en su lugar á Isabel de Lorena su esposa, la cual fué recibida con entusiasmo y regocijos públicos por el pueblo y los barones napolitanos, y ella se mostró digna de ser

(1) En el reinado de don Juan II. de Castilla hablamos ya de estas vistas, y de cómo se fueron prolongando en diferentes plazos las treguas. A poco de regresar la reina de Aragon de Soria á Zaragoza, tuvo noticia de la muerte de su suegra la reina doña Leonor agoviada con tantos trabajos y pesadumbres como le habían ocasionado las discordias de sus hijos y yernos y las últimas desgracias de aquellos.

reina por su prudencia, bondad y valor, y se captó las voluntades de la nobleza durante la prision de su marido. Pero el de Milan que con tanta hidalguía y grandeza de ánimo había tratado desde el principio á su ilustre prisionero el monarca aragonés, resuelto á no consentir que dominara en Nápoles un príncipe de la casa de Francia, no solo puso en libertad á don Alfonso de Aragon y á su hermano don Enrique, sino que celebró con Alfonso un pacto de alianza y amistad, por el que se ofrecia á ayudarle á la conquista de aquel reino, y el de Aragon se obligaba á proteger al de Milan en todas sus empresas, que no eran pocas. En su virtud le fué entregada Gaeta al infante don Pedro de Aragon, el cual se apoderó tambien de Terracina, que era de los estados de la Iglesia, mientras el rey don Alfonso su hermano, habiendo salido de Milan y dirigiéndose á Portvendres, enviaba á don Enrique á España, dándole el condado de Ampurias en Cataluña, nombraba su lugarteniente general en los reinos de Aragon, Valencia y Mallorca á su hermano el rey don Juan de Navarra, relevando de este cargo á la reina doña María, y rehacia su flota y su ejército para atender á lo de Italia en union con su hermano don Pedro (1436).

Pero quejosos y sentidos los genoveses de la poca cuenta que de ellos se había hecho para tal confederacion, rebeláronse contra el duque de Milan y fueron á buscar su apoyo en los venecianos y florentinos, y

en el papa Eugenio, que irritado por el despojo que el infante aragonés le había hecho de una posesion de su estado y patrimonio tan importante como Terracina, se declaró abiertamente contra el rey de Aragon, confirió la investidura del reino de Nápoles al de Anjou, y Alfonso que tanto había trabajado por tener de su parte al papa, convencido ya de que no podía contar con su amistad, mandó á todos los preladados y eclesiásticos súbditos suyos que saliesen inmediatamente de Roma, incluso su embajador el obispo de Lérida, y de este modo surgian cada dia nuevas complicaciones en Italia, donde se hacian guerra unos y otros príncipes, guerra ni de grandes resultados, ni de importancia grande en sus pormenores para nuestro propósito.

Asistió ya á las córtes de Monzon el rey don Juan de Navarra como lugarteniente general de Aragon, Valencia y Mallorca, y tambien del principado de Cataluña en ausencia de la reina. Tratóse en ellas de los subsidios que habían de otorgarse al rey para las necesidades de la guerra de Italia, y por parecer mas conveniente y obviar las dificultades y embarazos que siempre ofrecian las asambleas generales de los tres reinos, se acordó que se convirtiesen en parlamentos particulares, designándose para las de Cataluña Tortosa, para las de Valencia Morella, y para las de Aragon Alcañiz. Los catalanes desde luego ofrecieron un servicio de cien mil florines, ó mas bien emplear esta

suma en una flota, cuyo mando se daría á don Bernardo de Cabrera, conde de Módica; los aragoneses prefirieron contribuir con metálico, y acordaron aprontar un socorro de doscientos mil florines, cantidad considerable y desacostumbrada para aquellos tiempos. Con esto, y con las paces llamadas perpétuas que poco mas adelante se ajustaron entre los reyes de Aragon, Navarra y Castilla (setiembre, 1436), en que parecia quedar arregladas y dirimidas las antiguas contiendas entre el monarca castellano y los reyes é infantes de Aragon (segun que en la historia del reinado de don Juan II. dejamos apuntado), podia don Alfonso atender con mas desembarazo á lo de Italia. Exigia el pontífice Eugenio al rey de Aragon que desistiese de la empresa de Nápoles, al menos por la via de las armas, ofreciéndose él á fallar como desapasionado juez en aquel pleito. El aragonés le recordaba la investidura de aquel reino que en otro tiempo le había dado por bula apostólica, se justificaba en lo de haber tomado su hermano el infante don Pedro á Terracina, y despues de muchas observaciones concluía con allanarse á tener la corona de Nápoles en feudo de la Santa Sede. Mas como en médio de estas contestaciones viese que el patriarca de Alejandría, legado de la silla apostólica, se entraba por aquellos reinos al frente de gente armada favoreciendo á sus enemigos, mas como capitán de guerra que como legado, requirióle sin faltar á la reverencia, que revo-

case la legacia al patriarca é hiciese cesar aquellas guerras, ó de otro modo protestaba, invocando á Dios y al mundo entero por testigos de su intencion, que de los males que se siguiesen no tendria él la culpa ni seria el responsable.

No logrando ó no queriendo entenderse el papa y el rey de Aragon despues de muchas contestaciones, resolvióse don Alfonso á salir de Capua donde se hallaba con su ejército, con los príncipes y barones italianos de su devocion, entre ellos el conde de Caserta que acababa de reducirse á su obediencia, y con la flota que le habia sido ya enviada de Cataluña, y comenzó á apoderarse de las villas y castillos de las inmediaciones de Nápoles, se acercó por dos veces á los muros de la capital, corrió luego la Tierra de Labor, y en principios de 1437 se encontraba dominando este pais, los principados de Capua y de Salerno, el valle de San Severino, con la costa del ducado de Amalfa, juntamente con las ciudades de Gaeta, Capua, Ischia, y los castillos Nuevo y dell'Ovo, de manera que no le restaba sino la capital, que no podia defenderse mucho tiempo si el pontífice no se declaraba abiertamente protector del de Anjou. Asi aconteció. El papa no solamente instó á los genoveses, de acuerdo con los comunes de Florencia y Venecia, á que armasen buen número de galeras, lo cual obligó al rey Alfonso á llamar á su hermano el infante don

(1) Zurita, Anál. de Aragon, lib. XIV. cap. 38.

Pedro para que le acudiese con la flota de Sicilia, sino que envió en auxilio de la duquesa de Anjou y de los napolitanos al patriarca de Alejandría, que habia dado ya pruebas de activo guerrero, y que avanzando al frente de numerosas compañías, y recobrando algunas poblaciones, llegó hasta Mar de Gaeta á encontrar al rey (1437). Alentó esto á los de Nápoles para hacer una salida, aunque con tan poca fortuna que volvieron derrotados por los aragoneses; pero en cambio el patriarca legado de la Iglesia batió cerca de Montefoscolo al príncipe de Tarento, aliado del de Aragon, y venció é hizo prisionero al mismo príncipe. Este y el conde de Caserta abandonaron entonces la causa del rey á pesar de los juramentos con que se habian obligado á servirle, si bien se indemnizó en mucha parte esta pérdida con haberse reducido á la obediencia del rey de Aragon el príncipe de Salerno Antonio Colonna, cabeza del bando contrario; que asi con esta facilidad se convertian de amigos en adversarios y de aliados en enemigos aquellos príncipes de Italia.

Viendo el rey de Aragon el peligro en que ponía su empresa la resolucio del papa y la actividad bélica de su legado, y advirtiendo cierta vacilacion en los barones italianos, procuró entrar en negociaciones y tratos con el pontífice, ofreciendo que si le confirmase la investidura del reino de Nápoles haria restituir á la Iglesia todas las tierras que le tenian ocupadas, le serviria con trescientas lanzas por seis me-

ses, haria que le fuesen favorables los reyes de Castilla, Portugal y Navarra, le pagaria doscientos mil ducados por el censo del tiempo pasado, y aun añadió que tomaria la empresa de restituir á la Iglesia la Marca de Ancona de que el conde Francisco Sforza se hallaba apoderado; y sobre todo prometia favorecerle en las grandes contiendas que en el concilio de Basilea mediaban entre el concilio y el papa (1), dan-

(1) Menester es dar algunas noticias acerca de estas lamentables discordias que ocasionaron otra especie de cisma en la Iglesia, y de lo que principalmente se trató en este concilio general, uno de los mas célebres de la cristiandad. Abierto en Basilea, ciudad de Suiza, en 1431, sus dos principales objetos eran la reunion de la Iglesia griega con la romana, y la reforma general de la Iglesia en su gefe y en sus miembros segun el proyecto del de Constanza. El papa Eugenio IV. habia intentado dos veces disolverle, pero los padres del concilio se mantuvieron firmes, invocando la superioridad del concilio sobre el papa declarada por dos decretos del de Constanza en las sesiones cuarta y quinta. El pontífice Eugenio aprobó despues el concilio por bula de 15 de diciembre de 1433, y le presidieron sus legados en presencia del emperador Sigismundo, protector de la asamblea. En 1436 se redactó una profesion de fé que el papa habia de hacer el dia de su eleccion, y que comprendia todos los concilios generales, especialmente los de Constanza y Basilea, y se hicieron varias reformas relativas al número de cardenales y á las reservas y gracias espectativas. En 1437 se

decretó que se tendria el concilio en favor de los griegos, ó en Basilea, ó en Aviñon, ó en alguna ciudad de Europa. Los legados del papa con algunos prelados designaban una ciudad de Italia. Estos dos opuestos decretos produjeron grandes contestaciones. El papa aprobó el de sus legados, y los envió con sus galeras á Constantinopla á recibir al emperador Juan Paleólogo y los griegos y llevarlos á Italia, anticipándose á las que el concilio habia empleado tambien. Desde entonces se agrió la mala inteligencia que de años atrás habia entre el papa y el concilio, y se hicieron ya guerra abierta. El concilio decretó (en sesion del 26 de julio) que el papa fuese á dar cuenta de su conducta, y en caso de negativa que se procediese contra él con todo el rigor de los cánones. El papa á su vez espidió una bula trasladando el concilio á Ferrara, el cual, sin embargo, continuaba sus sesiones en Basilea obrando contra el pontífice, y al fin le declaró contumaz por no haber comparecido, refutando su bula de convocacion para Ferrara. En tal estado se hallaba este lamentable negocio cuando ocurrian los sucesos que vamos refiriendo en nuestra historia, y de cuyo estado se

do orden á sus embajadores para que impidiesen la prosecucion del proceso que en aquella asamblea se habia comenzado contra el pontífice. Resultó de estos tratós una tregua entre el papa y el rey de Aragon; pero rompiéndola de improviso el patriarca legado, y uniéndose á los Cardenas, que eran los mayores enemigos del aragonés, atacó su campo tan repentinamente que apenas tuvo tiempo el rey don Alfonso para salvarse corriendo á uña de caballo camino de Capua con los que le pudieron seguir. Dió desde alli aviso del suceso al papa, suplicándole despojase al patriarca de la legacia y le mandase salir del reino; si bien repuesto Alfonso, y mal recibido el legado en algunas comarcas de Nápoles, desampararonle poco á poco los suyos, y viéndose á su vez en peligro de ser preso, se embarcó en una pequeña nave y se fué á Venecia, y de alli á Ferrara, donde se hallaba el pontífice (1438).

Libre Alfonso de un enemigo, presentósele otro no menos temible. Era este el Duque Renato de Anjou, que habiendo salido á costa de un gran rescate

prevalea el rey don Alfonso de Aragon, ó para intimidar al papa con favorecer á los del concilio de Basilea, ó para halagarle y hacerle desistir de la guerra que le hacia en Nápoles, prometiendo ayudar y proteger su causa.—Los prelados que quedaron en Basilea llegaron hasta á deponer al papa Eugenio (1439), nombrando en su lugar á

Amadeo, duque de Saboya, con el nombre de Félix V. Entretanto funcionaba en Ferrara el otro concilio, declarado legitimo, canónico y ecuménico bajo la presidencia del pontífice, para la reunion de las dos iglesias griega y latina. En 1439 se trasladó á Florencia, recibiendo el nombre de concilio general florentino.

de la prision en que le tenia Felipe de Borgoña, corrió presuroso á ayudar á su esposa la duquesa en la lucha que hacia tres años estaba sosteniendo con el rey de Aragon. El conde Francisco Sforza le prometió no abandonarle hasta lanzar del reino al aragonés; y los napolitanos le recibieron con públicos regocijos, paseándole con régia pompa por la ciudad; y aunque este entusiasmo se entibió algo al saber la pobreza en que iba el nuevo soberano y sus escasos recursos para pagar las tropas, contaba no obstante con capitanes valerosos, enemigos del aragonés como eran Sforza y los Caldoras, y con la proteccion del papa, que suponía que no le habria de abandonar. Con esto, despues de algunos sucesos bélicos entre los partidarios de uno y otro príncipe, envió el de Anjou al de Aragon por medio de un heraldo su guante desafiándole á batalla: contestó el aragonés que recogia el guante, y que la batalla quedaba aceptada; y pues que era costumbre que el desafiado tuviese la eleccion de lugar, le esperaba en Tierra de Labor para el 9 de setiembre (1438). No agradaba aquel sitio al de Anjou porque temia ser en él vencido, pero por no dejar de satisfacer una deuda de honor se dirigió allá con todo su ejército. Tomó don Alfonso de Aragon sus posiciones en 1.º de setiembre, esperó hasta el 9, pero el de Anjou se mostró arrepentido de haber querido medir con él sus armas en aquel lugar, y se encaminó hácia el Abruzo. Entonces el aragonés cor-

rió la Tierra de Labor, abriéndose ante él las puertas de todas las plazas, y quedando apoderado de la principal provincia del reino.

Aprovechando, pues, la ocasion en que el duque de Anjou discurria por el Abruzo con todos los nobles y principales napolitanos, aventuróse el de Aragon á cercar á Nápoles por mar y por tierra (20 de setiembre) á pesar del corto número de naves que le habian quedado. Pero no solamente halló en la ciudad una resistencia que no esperaba, sino que tuvo la desgracia de perder en el cerco á su hermano el infante don Pedro de un tiro de lombarda que le llevó la mitad de la cabeza. *«Dios te perdone, hermano, exclamó el rey lanzando sollozos, que otro placer esperaba yo de tí que verte de esta manera muerto. Sea Dios loado que hoy murió el mejor caballero que salió de España.»* Era de edad de veinte y siete años, y tan generoso y esforzado, que la misma duquesa de Anjou mostró dolor por su muerte con ser su enemigo, y ofreció al rey lo que fuese menester para sus exequias. Deliberó, no obstante, don Alfonso continuar el cerco con mayor ánimo y resolucion, y llegó á poner la ciudad en tanto estrecho y padecimiento que no era posible se sostuviese muchos dias, y hubiérasele rendido á no haber aflojado los barones italianos y desviándose de la empresa con pretesto del invierno, obligándole á levantar el cerco á los treinta y seis dias. Con todo eso, lejos de renunciar á la conquista,